



# EL AGUA Y LA PALABRA

## Antología de Relatos. X

El buscador de ranas

MANUEL VILLAR RASO

El milagro de los  
peces

JOSÉ LUPIÁÑEZ

La Pesquera

JOSÉ RIENDA

GRANADA MMXV



# EL AGUA Y LA PALABRA

## Antología de Relatos. X

### El buscador de ranas

Confesiones de un preso de las Farc en el río Apaporis. Colombia

---

MANUEL VILLAR RASO

### El milagro de los peces

---

JOSÉ LUPIÁÑEZ

### La Pesquera

---

JOSÉ RIENDA



# El buscador de ranas

## Confesiones de un preso de las Farc en el río Apaporis Colombia

---

MANUEL VILLAR RASO

**L**A NOCHE era pegajosa como siempre en este río y en ese momento, mientras veía la luna llena reflejada en el centro del agua, apareció mi padre, “el buscador de ranas”, como lo llamaba mi madre despectivamente porque ella odiaba aquellos bichos. Para mi padre, las ranas eran su bocado favorito, y lo recuerdo con luna llena, yo andando descalzo a sus espaldas por canales, lagunas y ríos, los dos hundidos en el barro hasta las rodillas, chapoteando el agua. Según él, los ríos y canales con luna llena siempre andan llenos de ranas, que ladran como no ladran los perros, en especial cuando de noche están en celo y es fácil cogerlas. Mi padre lo sabía e iba feliz. Con luna llena las ranas saltaban de la orilla hacia la luna,

en el centro del río, y mi padre las cogía al vuelo con una bolsa de nailon en la punta de su caña de pescar y las metía en mi cesta. Mañana va a ser un gran día, decía y no invento nada, porque guardo el recuerdo completo de aquellos días y de los banquetes de ranas que solía celebrar con sus amigos, y os lo cuento tal como fue aquel día en especial, el último que lo acompañé al río y lo soñé anoche, antes de que mi padre resbalara, se cayera en el canal y se hundiera en el barro. Esta noche en sueños he visto la misma luna llena, identificada con el rostro de mi padre y, aunque en sueños yo sé que la luna es la luna y no debo tener miedo, aquella noche mi padre había resbalado, se hundía en el barro y me asusté, igual que me asusté el día en el que nuestro camarada, Wilson Chaverra, se deslizaba aguas abajo en el río Apaporis, después de que Rusbel Martínez, jefe de las Farc, le disparara una bala en el cráneo y lo arrojara de una patada al agua. Hoy todavía lo veo intentando agarrarse con los dedos crispados al barro, mientras las aguas se lo llevaban y lo mismo me sucedió aquella noche con mi padre. Le tendí la mano, pero la cadena no me dejaba llegar a él y por centímetros no conseguía cogerlo por el pelo. La corriente del río hacía girar su cuerpo y como el de un ahogado jugaba con él, lo atraía hacia mí y lo alejaba cuando estaba a punto de alcanzarlo y siempre se me escapaba. La corriente lo volvía de espaldas, lo ponía boca arriba, lo acercaba a mí y lo alejaba. A mi padre tampoco pude sujetarlo por el pelo mientras se hundía en el canal. Yo trataba de sacarlo a la orilla, halando hacia mí desesperadamente y no conseguía moverlo del barro. Su cuerpo era un leño muerto que descendía río abajo. Intentaba atraparlo por los hombros desde la orilla, pero aquel rostro que se balanceaba en la corriente no era mi padre sino una mancha negra que giraba como una peonza en el agua y que intentaba asirse desesperadamente de mi mano. Esta noche

al despertar he visto de nuevo a mi padre. La luna llena era su rostro pero, al abrir los ojos, su rostro era el de Wilson Chaverra, y se deslizaba aguas abajo del río Apaporis, en busca de algo, de una mano o de unos matojos en los que agarrarse. Me hubiera bastado sujetarlos por el pelo a los dos, a Wilson Chaverra y a mi padre. Estaban tan cerca de mí que les veía la cara, les gritaba y lo que oía era el croar de millones de las ranas en el río, pero lo que veía era el cuerpo de mi padre corriente abajo intentando agarrarse al barro y a las cañas de las orillas. Poco tiempo después, mi padre se fue al norte y lo perdimos, eso me dijo mi madre y nunca le hablé de las ranas y del río. Creo que por no escuchar sus lloros y sus gritos entré en la policía y esa noche, mientras caminábamos por el borde del canal, atados por el cuello a una cadena, mi padre se volvió hacia mí, me estuvo mirando un momento largo y dijo: Hijo, creo que éste es un buen lugar. Siempre he deseado un sitio como éste', y nunca me dijo que éste era un buen lugar para morir. Al abrir los ojos con la luna llena en mi rostro esta mañana, supe que iba a recordar este sueño y que la cara del ahogado que vi, girando en las aguas como una peonza, era la suya. No sé por qué he confundido la imagen de mi padre con la de Wilson Chaverra. Quizá ha sido porque sus cuerpos pasaban a mi lado boca arriba o porque la luna, ahora que la recuerdo, era la misma luna llena de la noche en la que el asesino Rusbel Martínez mató a nuestro camarada. También él me dijo algo poco antes de que lo asesinara, me dijo que aquel era un buen lugar para morir, sin darme cuenta entonces de que nunca he vivido en un sitio más hermoso.



# El milagro de los peces

---

JOSÉ LUPIÁÑEZ

[—]

CASI TODOS LOS AÑOS, a finales de junio, emprendíamos la marcha hacia Granada. Allí disfrutaba de unas rituales vacaciones en familia que eran para mí como una continuación del aprendizaje, pero de signo distinto al de los días escolares. Este otro no estaba sometido a reglas, porque se trataba de un aprendizaje en libertad que tenía como escenario la casa de La Zubia, rodeada de un huerto fantástico que cuidaba mi abuelo en sus ratos libres. Para los trabajos mayores contrataba a un campesino que conocía los secretos de la tierra y sabía de injertos, de tiempos, de abonos, de semillas, de podas y dominaba, además, las técnicas más pintorescas para extraer de ella los mejores frutos con el menor esfuerzo. Aunque, en realidad, era mi abuelo quien mimaba sus cultivos y se peleaba por el agua con sus vecinos. El agua, el agua que debía llegar, cuando lo hacía, por una compleja red de acequias y un no menos compli-

cado sistema de compuertas que, cerrando por aquí o abriendo por allá, daba vía libre al preciado elemento y lo distribuía por los terrenos de los distintos propietarios. Pero para que esto ocurriera había que estar ojo avizor, porque algunos abusaban de los horarios rigurosamente establecidos y se apropiaban de la misma con gran impunidad, cosa que ocurría las más de las veces. Sobre todo si, como en el caso de mi abuelo, los huertos ocupaban la zona más baja y quedaban al albur de los de arriba, cuyos dueños se olvidaban de franquearle el paso y compartirla como es de ley. Por ello decidió construir dos grandes albercas de unos quince metros de largo por cinco de ancho y otros cinco de profundidad, para acumularla y servirse de ella cuando le fuera menester. Aunque, para ser franco, no sé si ya disponía el terreno de una cuando lo compró y él luego resolvió añadir la segunda. Esto no lo recuerdo con precisión. El caso es que en esas labores distraía su tiempo, a veces con buen humor, y otras, en un estado de arrebató que en ocasiones me sobresaltaba y casi llegaba a asustarme por la magnitud de sus votos, improperios o maldiciones lanzados contra toda la cúpula celeste y, de paso, contra el granuja de turno que se olvidaba del pacto. Se trataba de expresiones que alcanzaban cotas salvajes de hiperbólica desmesura: “Ya está el hijo de la grandísima puta del médico encharcando su huerto y nosotros aquí a dos velas”, decía de repente, con los ojos inyectados en sangre. A mí no dejaba de sorprenderme su transfiguración, porque mi abuelo era un hombre relativamente culto, bastante leído y ceremonioso, de modales casi edulcorados, que gustaba de mucha prosopopeya en el trato pero que, indefectiblemente, se transformaba en un energúmeno cuando le robaban el agua. Y soy discreto al silenciar otros muchos de sus juramentos y blasfemias que implicaban a Dios, a la Virgen y a San Diez, uno de sus santos preferidos, si se trataba de guardar algo más de comedimiento.

No sé por qué motivo decidió que adornaran sus dos grandes embalses unos peces de colores, simplones pero muy vistosos, que empezaron a multiplicarse de forma insólita. O acaso se colaron allí por vía misteriosa y el abuelo no le dio mayor importancia al hecho. Pero cuando nos asomábamos a las aguas, que espejeaban a la sombra de los árboles, se podía disfrutar de esa danza permanente de peces rojos, azules, verdosos y otros más de un blanco como anacarado, describiendo círculos y alegrando con sus destellos la plácida tranquilidad del estanque. Lo cierto es que aquellos peces gordezuelos se multiplicaban como si fueran los protagonistas del milagro de la parábola evangélica y cada día parecía que había más y más. Fue por ello quizás por lo que en cierta ocasión el abuelo nos dijo, sin darle mucho énfasis a sus palabras, que podíamos pescarlos. La idea nos encantó a mi primo y a mí, y muy pronto fabricamos una suerte de artilugio que consistía en una pértiga, a la que añadimos, como remate, una vieja lata amarrada al extremo con cuerdas y alambres. Se trataba de una especie de cuchara rústica que pronto comprobamos no servía para gran cosa, pues los peces se salían del interior unas veces y otras se nos desprendía el recipiente, que lo fue de muchos materiales distintos. Nos entretenía aquella pequeña industria, pero se comprobaba que no habíamos perfeccionado nuestra técnica lo necesario para capturar una sola pieza, tras varias horas de intentos frustrados. La escuadra variopinta de utensilios flotantes era la prueba inequívoca de nuestra impericia en las artes de la pesca. Y eso que no olvidamos detalle y nos habíamos provisto de un cubo con agua para ir introduciendo en él los ejemplares conseguidos, pero el cubo permanecía sin más habitantes que cierta ramita caída por azar o algún que otro insecto atrevido que había encontrado su fin en el ya casi caldo de la espera.

Decidimos probar de otra manera al día siguiente porque estaba anocheciendo y nos llamaban para cenar en la casa. Tras la cena se marchaba mi primo con sus padres en el tranvía, que tenía su parada cerca de donde vivíamos y utilizábamos con frecuencia para ir a Granada, más que el automóvil. Inolvidable aquel tranvía azulenco, con sus asientos de listones de madera barnizada, que iban llenos casi siempre de gente sencilla y discreta hablando de sus cosas. Aunque había también otros especiales, al fondo del vagón, que nadie ocupaba porque estaban reservados para los mutilados de guerra, según rezaba en una plaquita lacada en blanco, que a mí me sobrecogía leer. Alguna que otra vez sí llegué a ver, sentados en ellos, a individuos que exhibían las fatales heridas del combate: alguien con un parche negro en el ojo, con una pierna cortada o con la manga de la camisa vacía, delatando la ausencia de un brazo. La sola contemplación de esos viajeros de rostros taciturnos y expresiones amargas me daba escalofríos... Aquella noche hacía mucho calor y casi nadie podía dormir. Cuando ocurría esto mi abuelo se salía al patio y se tumbaba en una hamaca para ver las estrellas y yo aprovechaba aquellas circunstancias para hacer lo propio y acompañarle. Nadie me ponía impedimento alguno, todo lo contrario, y ya se daba por seguro en la casa que volvería a romper con la rutina de dormir en mi cuarto. Eran noches profundas, cuajadas de estrellas y animadas por el canto de los grillos, en las que más que dormir charlábamos en voz baja, en una atmósfera de aire inflamado por el olor de los jazmines. Yo me servía de aquellos ratos de intimidad para acribillar a preguntas a mi abuelo, mientras aguardábamos la hora tardía de su turno de riego. Noches de vigilia en las que me hablaba de su infancia, de sus amigos, de sus sueños truncados por la guerra. De una guerra que todavía seguía presente en los rostros sombríos de los mutilados, o en las muchas mujeres vestidas de luto, siempre huidizas, cruzando como espectros por

las calles, por no hablar de los dramas violentos que seguían enturbiando la tranquilidad de tantas familias. De las que vencieron o de las que perdieron, aunque eso es un decir, porque a mí ya me parecía, aún siendo tan pequeño, que en las guerras se acababa perdiendo siempre; todos perdían algo —luego lo supe mejor—, quien no a un hermano, a un padre; quien no la salud, la alegría o la esperanza.

Mi abuelo se había pasado toda la contienda en la cárcel, esperando a que lo llamaran para fusilarlo. Al final tuvo suerte el hombre y se salvó de milagro. Me comentaba cosas tremendas cuando avivaba no sin melancolía sus recuerdos; me confesaba, por ejemplo, que encontrar las mondas de patata o de naranja en la basura era para ellos, los presos, hallar un manjar que devoraban con golosina, y yo no podía evitar acordarme de los cerdos, a los que mi abuela alimentaba con tales desperdicios. Creo que fue aquella misma noche cuando me habló por vez primera del Tomillero y del López, dos milicianos de leyenda por tierras de Almería, a quienes delató un perturbado. Pero esa historia la contaré en otro momento... Cuántas revelaciones fatales y sórdidas bajo las estrellas me iban moldeando el alma, sin que me diera cuenta; cuántas formas diferentes de tragedia aprendí de sus labios, en aquellos largos veranos de confianzas, en los que dormíamos o velábamos bajo el abismo infinito del cielo y uno sentía más que nunca la pequeñez de su insignificancia, cuando trataba de descifrar las contradicciones misteriosas en las pasiones y locuras de los mayores.

A la mañana siguiente acompañé al abuelo a recoger la fruta del huerto para el desayuno. Esa era la costumbre, pero antes ya habíamos *matado el gusanillo*. Solía mi abuelo tomar un pequeño dedal de aguardiente, siempre en un vasito de cristal tallado, en el que incluía una uva o una guinda, de las que se maceraban en tarros vistosos, preparados meses atrás por

mi abuela o mis tías. Los dichos tarros, labrados también con primor de otra época, acabaron por guardarse bajo llave en la alacena, en previsión de los asaltos que pudiéramos llevar a cabo los niños, cosa que es lo cierto empezó a ser muy frecuente y llegó a desatar la alarma en nuestros padres, sobre todo durante el periodo anterior a la clausura. La solución fue drástica, como solían ser casi todas las soluciones en aquellos tiempos: llave al canto. Aunque he de precisar que no definitiva... Pero nunca, ya digo, prescindíamos de esa liturgia matinal a la que el abuelo se abonaba de buen grado y cuyas ventajas y excelencias ponderaba sobremanera, exaltando solemne el beneficio de medicina tan milagrosa para el organismo, sobre todo —esto lo recalcabá mucho— si se ingería en ayunas, para mayor eficacia. A eso llamaba *matar el gusanillo*. A mí me encantaba y quería repetir siempre, pero me decía con simpático desdén que para mi edad con una copita era suficiente, aunque él bien se permitía tomar dos o tres, según encartara. Con ese regusto en el paladar preparábamos unas cestas con manzanas, uvas, peras, higos, granadas, albaricoques, ciruelas, que de todo había en aquella huerta del Señor, para dejarlas más tarde como ofrendas en la cocina. Qué sensación de plenitud gozosa ante tal diversidad, qué bendición de olores intensos, de sabores que alegraban la búsqueda y ya no han vuelto a repetirse, qué asombrosos paseos por el huerto, mientras llevábamos a cabo nuestras tareas selectivas, con alguna que otra cata de muestras en sazón.

A media mañana llegó mi primo de Granada y yo me fui a esperarle a la parada del tranvía, que esta vez era la última del trayecto, porque además llevaba encargos de la abuela para cumplirlos a la vuelta. Mientras observaba embobado cómo cambiaban la dirección del trole y con cuánta pereza se bajaba el conductor para ocupar la cabina contraria, me sorprendió sin más preámbulo, espetándome su última conclusión sobre el asunto de los

peces, que no era otra sino pescarlos al modo tradicional, es decir, con una caña. Eso sí era pescar, decía, lo demás son pamplinas y pérdidas de tiempo sin relumbre deportivo. De esta manera podríamos competir para ver quién era más avisado en la nueva disciplina. De regreso a la huerta nos aprestamos para improvisar con dos buenas cañas, escogidas de entre las mejores, nuestras respectivas armas para el desafío. Atamos un hilo a las mismas y fabricamos anzuelos doblando alfileres, eso fue todo y no hubo menester de mayor complicación. Al principio pensamos en buscar gusanos para usarlos como cebo, pero como probamos con miga de pan y funcionó el invento a la primera, luego no tuvimos necesidad de cazar moscas o de reunir bichos; un simple pellizco de pan duro cumplía la doble función de servir como carnaza y de dar el peso necesario al hilo para que se hundiera en el agua, previo remojo para su mejor manipulación. Fue espectacular comprobar cómo en un santiamén alzaba yo triunfante mi primera captura. Ante nuestro asombro: un pez de un rojo vivísimo daba coletazos y se revolvía con fuerza en el aire tratando de zafarse. Con cuidado de no hacerle mucho daño le desprendí el alfiler y lo deposité en el cubo. A este siguieron muchos más. Aquello era facilísimo: con los pies en el agua, sentados sobre el borde de la alberca, bajo la sombra de una inmensa parra que nos servía de parasol, no dábamos crédito a tanta avalancha. Cada vez que lo intentábamos conseguíamos nuestra presa y el cubo se fue llenando de colores en poco tiempo. Menuda jornada. No sé cuántos conseguimos aquella mañana. Nuestra alegría era indescriptible y tanto nos había apasionado la aventura, que olvidamos incluso la apuesta para saber quién era el mejor pescador. Se trataba de seguir insistiendo y consiguiendo más y más piezas, lo que no dejaba de suceder con una comodidad pasmosa.

Pensando qué destino dar a nuestras capturas, se nos ocurrió venderlas y a la hora de la siesta preparamos un cartel para anunciar la mercancía a los cuatro vientos. A mí me tocó escribir con mucho tiento la escueta leyenda, puesto que mi primo tenía una letra espantosa. Así que me apresé a ello y rotulé sobre un cartón, con la caligrafía inglesa que tanto había practicado en el colegio, aquel anuncio que rezaba: “Se venden peces de colores a dos pesetas”. En la parte trasera de la casa había un jardín que daba a la calle y que disponía de una puerta con barrotes de hierro por la que también se accedía a la vivienda. Fue allí en donde lo colgamos para hacer público el negocio. No ocurrió nada durante la tarde, en la que seguimos engolfados con nuestra actividad, pero a la mañana siguiente llegó nuestro primer cliente. Era una niña rubia, que desde el exterior nos llamaba muy interesada en comprar un pez. Asomaba su carita pecosa por entre los barrotes y con vocecilla algo tímida nos dijo que quería un pez *colorao*. Acercamos el cubo a la puerta y escogimos uno grande y rojo que depositamos en un cacharro facilitado por ella misma. Cuando llegó la hora de pagar nos dio una moneda oscura que pensé inicialmente se trataba de una de diez reales, pero no, no era una moneda, era una medalla de alguna Virgen, como pude comprobar al observarla con más detenimiento. “Esto no sirve”, le dije, “esto es una medalla, no una moneda”, a lo que contestó que no tenía otra cosa. El asunto nos cogió desprevenidos y no supimos qué hacer durante unos instantes. Peligraba nuestra credibilidad si transigíamos, pero, por otra parte, teníamos tantos peces... En medio del desconcierto mi primo dijo: “Va, dáselo, nos traerá suerte”.

Parece que ese vago presentimiento se cumplió, porque tuvimos, en efecto, mucha suerte y en menos de una hora se arracimaban los niños tras la verja del jardín con su demanda de peces. Poco a poco íbamos sumando moneda tras moneda, que guardábamos en una cajita. Y lo mismo

ocurrió en días posteriores. Se fue corriendo la voz y venían hasta personas mayores a comprárnoslos para sus hijos. ¡Qué éxito! No salíamos de nuestro asombro. Aunque también es cierto que tuvimos que afrontar contratiempos. Se ve que algunos pececillos no resistían mucho el nuevo cautiverio y se morían a los dos o tres días. O quizá morían porque los habíamos herido más de la cuenta al pescarlos, no sabría decir. Para paliar estas adversidades, convinimos en compensar a los clientes que habían sufrido el percance con dos o tres de regalo y se marchaban tan contentos. Fue así como amasamos una pequeña fortuna y nos pudimos permitir llevar vida de ricos: helados, chucherías, algún juguetillo no nos faltaron en lo que quedó del verano. Mi primo llegó a comprarse un balón de reglamento de los más caros. Era un dispendio: de cuero auténtico, no de badana, sino de cuero grueso y bien cosido. Qué ratos de entrenamiento gozoso disfrutamos en aquellas horas infinitas, dándole patadas. “Lánzame el esférico”, solía gritarme desde un extremo, con aires de desafío, porque ante esa maravilla sólo le parecían válidas las grandilocuencias de los comentaristas deportivos. Con cuánta sutileza se ocupaba de engrasar bien sus cuerdas, para que le durara mucho más... Aún lo recuerdo, sentado en un fresco recodo del huerto, untando con tocino las costuras de su preciado balón y curando las heridas de nuestros primeros puntapiés, tras el estreno. Sin duda era el mejor de cuantos había tenido hasta el momento y lo cuidaba como a una mascota.

No fue esta la única aventura de aquel verano. Hubo muchas más, pero ninguna tan beneficiosa para nuestros bolsillos. Y no sólo por esto, sino porque, sin proponérselo, nos habíamos iniciado en la magia del comercio y en lo más divertido y estimulante que trae todo ese mundo aparejado: el trato con gentes tan diversas y con personajes pintorescos, que nos abocan a las situaciones más inverosímiles y disparatadas. Con todo ello

también se aprende bastante de la vida. Tanto, que le tomé afición a esos intercambios y más adelante puse en marcha otros negocios parecidos, con los que fui desarrollando un cierto don de gentes cuyas posibilidades no llegué a explotar lo necesario. Más tarde, avanzado ya el nuevo curso, recibí una curiosa carta de mi primo en la que me participaba cómo en los estanques de La Zubia, en sus pozos y fuentes y hasta por el dédalo de sus acequias, habían aparecido de un modo inexplicable cientos, miles de peces de colores, familiares, sin duda, de los que nosotros habíamos capturado. Los vecinos estaban atónitos y se hacían lenguas del acontecimiento. A mí me dio por pensar, al evocar nuestras jornadas de pesca desde la lejanía que, de alguna manera, habíamos sido los artífices secretos de aquel hecho insólito. Y me imaginaba, con un punto de añoranza, la sorpresa de esos vecinos ante el misterio por el que todo un pueblo se había transformado en una inmensa pecera llena de los colores de nuestros pececillos, de sus alegrías sinuosas, de sus inalcanzables y fugaces ilusiones.

# La Pesquera

---

JOSÉ RIENDA

**T**AUROTRAGUS ORYX, Gazella Granti, Ammospermophilus, Geococcyx Californianus, Neotoma, Oryzomys, Citellus, Fennecus Zerda, Amphisbiza Bilineata, Taeropygia Castanotis, Lophortys Cambelii, Melopsittacus Undulatus y, con mayor relevancia, la Tardigrada, cada uno de ellos desde su humildad y prudencia de seres imperfectos, nos fueron regalando enigmas, genética y claves junto a la esperanza de que podríamos lograrlo. Ellos habían perdurado durante milenios en los hábitats más áridos del planeta, y la escasez casi absoluta de agua no les impidió crecer, reproducirse, desarrollarse. Por eso los diseccionamos, por eso los genetiizamos y por eso, con el debido agradecimiento a su bondad evolutiva, hoy sobrevivimos como especie en esta Tierra no azul sino arena, en esta orilla del universo donde acabó una Era en la que el agua se vertía desde ríos

hercúleos a mares infinitos y donde, ahora, sintetizamos y encapsulamos la dictadura biológica del H<sub>2</sub>O como chutes de impacto crítico en nuestro hígado. Se ha reducido nuestra esperanza de vida en un tercio de lo que transitaron por este aire nuestros ancestros del siglo XXI, pero seguimos aquí y podemos gritarlo.

Llamadme Ismael, si queréis. Habito en Ciudad del Lago, el distrito más poblado y racial de nuestra Pangea sin mares, situado en la arista sur de la depresión de los eriales mediterráneos, junto al Extremo de Tres Forcas, coordenadas enlazadas desde 35°10'37"N / 02°56'18"W hasta 35°10'39"N / 02°50'21" W. Sus 12,3 Km<sup>2</sup> del casco urbano junto a los 115 Km<sup>2</sup> del lago se cobijan del resto del mundo tras un muro, político y real, conformado por un vallado doble de 36 metros de altura y una sirga tridimensional intermedia de 18 metros, electrificada y rearmada con tensores y enredaderas de concertinas barbadadas como primera defensa que parapeta los puestos de ametralladora. Pero os aseguro, y llamadme el griego De Cos si queréis, que la ciudadela lo merece y el tirón atávico de la pesquera nos obliga.

Porque en Ciudad del Lago no existe otra ocupación más que la de la pesca. Son los vigiles quienes nos reabastecen de pertrechos y esclavos y somos nosotros, patricios en casta y herencia, los que día tras día ocupamos nuestro puesto en la pesquera, liturgia y derecho adquiridos por ley de sangre, por conquista y por sentencia. Y aporto estos datos y contextualizo en lo posible las filiaciones de lugar y época en este documento porque hoy, día primero del lustro 1984 de la edad distópica, ha vuelto a ocurrir.

El lago amaneció menos denso que de costumbre. Cierto es que este lodo rosáceo o magma templado que lo inunda en poco se asemeja ya a lo que debió ser el agua; pero este de aquí se ha convertido en el último vestigio de humedad no sintetizada de nuestro planeta, y esta madrugada,

insisto, por causas que desconozco, el lago nos recibió menos denso que de costumbre, más acuoso, casi líquido... La escenificación, sin embargo, respondía a la de siempre: cada 100 metros un pescador apostaba sus cinco cañas reglamentarias a una distancia de 10 medidas cada una, guardando un margen de seguridad en los extremos para evitar el enredo de las líneas del puesto contiguo al recoger el cebo. El movimiento, también como siempre, se desplegaba acompasado: carga de cebo sintético en el anzuelo, montaje del aparejo de bala de plomo en el sedal de la caña 1, lanzamiento hacia el interior del lago, ensamblaje de la caña 1 en el soporte 1 empotrado en el suelo; carga de cebo sintético en el anzuelo, montaje del aparejo de bala de plomo en el sedal de la caña 2, lanzamiento hacia el interior del lago, ensamblaje de la caña 2 en el soporte 2 empotrado en el suelo; carga, aparejo y lanzamiento luego de la caña 3, y de la caña 4, y de la caña 5. Después, recomposición de la caña 1 y tensado de línea, recomposición de la caña 2 y tensado de línea, y de la 3, de la 4, de la cinco 5. Continúa, recogida de hilo de la caña 1, supervisión de la carnaza y nuevo lanzamiento, y también de la 2, y también de la 3, y de la 4 y de la 5. Por último, recuperado y sustitución del aparejo de bala de plomo y cebo completos de la caña 1 y otra vez lanzamiento y otra vez el reinicio del proceso.

¿Qué nos motiva? ¿Qué podría justificar tal entrega de horas y complacencia? Sabemos que no hay agua, sino un lodazal rosáceo o magma templado; entendemos que no hay peces, sino columnas de insectos que se alzan en bucle hasta el cielo lactescente. ¿A qué entonces la pesquera? ¿Dónde su sentido? Pues créanme que existe una respuesta y su regocijo: porque así está escrito, así está cincelado en terracota sobre cada uno de los centenares de arcos trilobulados que circundan el paseo hasta el lago. En árabe clásico, en hebreo, en español, en hindi, en tamazigh, allí puede leerse: "Cuentan que sucede".

Y hoy ha vuelto a ocurrir. Hasta ese instante, algún que otro patricio desatendía sus cañas y recorría la orilla del lago conversando con sus pares: dicen que en el puesto 100 un señuelo fue arrancado dentro del magma templado; comentan que en el extremo sur quebró un sedal del cuarenta y que parecía aserrado por dentadura; se rumorea que alguien del sector 49 afirma que uno de sus anzuelos fue doblado en mordida... Pero de pronto, sin más aviso que el siseo del aire en los arenales, cuatro puestos hacia la izquierda, se escuchó ese grito del que doy crónica y constancia como se diera de aquel otro de Rodrigo de Triana: ¡He pescado algo!

Del tropel desatado a la coral de consejos no hubo más extrañeza o destino que aquella caña curvada por la tirantez de la línea. Todo adquirió relevancia: el sudor repentino del pescador, el temblor de las manos mientras rodaba el carrete, el ruido de los engranajes, la fragilidad ahora evidente del hilo... Cuidado, ten cuidado. No tenses demasiado. Ten cuidado, recupera con ritmo. Ten cuidado, no bajes el puntero...

Poco a poco la bobina se llenó de los ciento setenta metros de hilo desplegados: fue sin duda un gran lanzamiento. Mas, cuando al fin se gestaba la proeza, el destino, irónico en sus miramientos, nos arrojó sobre la tragedia del *aquí fue Troya, aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias*, porque el oh quejumbroso apagó la emoción sostenida cuando el hilo se destensó y trajo hasta la orilla un anzuelo vacío, virado y con un resto de cebo escarnecido tal vez. Sin embargo, tras el punto y coma del *aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas* y del *aquí se oscurecieron mis hazañas*, alguien gritó que miráramos, que estaba allí, que había saltado del magma templado como chapoteando, que dónde que no lo veo, que sí, que a mí también me ha parecido, y a mí, y a mí, que era como gris, sí, como gris de plata, sí, como gris de ceniza, sí como gris de perla...

Y acto seguido, todos, presurosos, regresamos a nuestros puestos y ensartamos nuestra mejor gusana de plástico en los anzuelos, y montamos el aparejo de bala plomo en el sedal de la caña 1, y de la 2, y de la 3, y de la 4, y de la 5, e iniciamos un nuevo ciclo, otro calendario incierto a partir de esta fecha de la que con rúbrica y sello doy fe, porque, en definitiva, solo es cuestión de que se tenga.





GRANADA MMXV





